

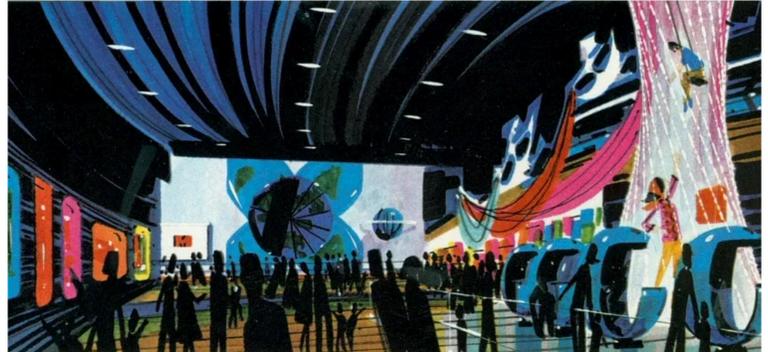


Los Lugares Comunes del Escepticismo Ambiental

Richard Douglas

Resumen

En los casi cinco decenios transcurridos desde su publicación, el informe del Club de Roma sobre los límites del crecimiento no ha conseguido una victoria decisiva en el debate político, a pesar de basarse en la proposición sensata, aparentemente común, de que el crecimiento infinito es imposible en un planeta finito. Para investigar por qué los "límites del crecimiento" no han dado lugar a una acción política decisiva, en este documento se examina el pensamiento de sus críticos más explícitos en el debate, definidos aquí como "escépticos del medio ambiente". Aunque muchos estudios de este discurso han examinado los intereses económicos y las motivaciones políticas de sus oradores, este documento (aunque también se basa en las teorías de Dryzek y de Boltanski) emplea la "Retórica de la escucha" de Wayne Booth, utilizada para comprender los discursos opuestos en sus propios términos. En este contexto, esto significa realizar una lectura atenta de los lugares comunes retóricos -las verdades y valores dados por sentado que un orador esperaría que se compartieran con su audiencia- que son extraídos por oradores ambientalmente escépticos, a fin de "leer" los valores positivos y la visión del mundo que están dispuestos a defender.



Milagros de Moléculas, Disneylandia, 1968; imagen de James Vaughan / Flickr (CC-BY-NC-ND2.0)

El documento realiza una lectura atenta de una serie de textos que, si bien se han producido a lo largo de cuatro décadas hasta el día de hoy, encarnan un corpus coherente de pensamiento. Éste encuentra en los lugares comunes expuestos una defensa del individualismo, de la razón práctica, del humanismo, del poder material, del sentido del destino sin límites y de la benevolencia fundamental de nuestro mundo. En este sentido, argumenta que el discurso del escepticismo ambiental podría ser visto como la defensa de una visión global del mundo de la modernidad contra el

ataque a sus fundamentos que implican las tesis de los "límites del crecimiento". En la medida en que esto es cierto, sugiere que el desafío planteado por los "límites al crecimiento" va más allá del nivel del debate político ordinario, apuntando a una crisis de la antropología filosófica: ¿quiénes somos y cómo debemos vivir, si ahora creemos que el progreso no continuará para siempre?

Introducción

Ha transcurrido casi medio siglo desde que se publicó el informe del Club de Roma sobre los límites del crecimiento (Meadows et al. 1972). La tesis en su núcleo, que el crecimiento infinito es imposible en un planeta finito, es una proposición sensata aparentemente común. Además, las pruebas reunidas por los científicos ambientales sugieren cada vez más un caso urgente para reducir nuestra explotación de la naturaleza: según una serie de científicos ambientales, cuatro de las nueve fronteras planetarias vitales ya han sido sobrepasadas más allá de los límites "seguros" (Steffen et al. 2015). A pesar de ello, el caso de los ambientalistas no ha logrado una victoria decisiva en el debate político internacional. De hecho, lejos de pasar del debate a una acción política verdaderamente decisiva (por ejemplo, hacia una descarbonización radical de las economías), en muchos países incluso el debate sobre las políticas ambientales ha perdido relevancia política en los últimos años (Scruggs y Benegal 2012).

Para ayudar a comprender por qué el "debate sobre los límites del crecimiento" todavía no ha dado lugar al tipo de transformación social rápida que el Club de Roma esperaba originalmente, tiene sentido examinar la retórica de los oponentes directos del ambientalismo, los "escépticos del medio ambiente". En las críticas, los oradores de este discurso se denominan a veces "contragolpe al verde" (Rowell 1996), "latigazo marrón" (Ehrlich y Ehrlich 1996), "antiambientalismo" (Brick 1995), "oposición ambiental" (Suiza 1997), o tal vez más popularmente, "negadores del clima". Se prefiere aquí el término más neutral 'escéptico ambiental' (derivado de El ambientalista escéptico de Bjørn Lomborg (2001)), como parte de un intento de entender este movimiento en sus propios términos. No se trata de respaldar los argumentos de este movimiento; por el contrario, este documento está escrito desde una perspectiva ambientalista que sostiene la "tesis de los límites". Tampoco se trata de respaldar la reivindicación de este movimiento con el título de "escepticismo", ya que, como veremos, este escepticismo se aplica típicamente de manera muy limitada y parcial. Sin embargo, en este documento se sostiene que los sentimientos de escepticismo ambiental son representativos, aunque de forma peculiarmente explícita, de una inquietud general por las implicaciones negativas de la "tesis de los límites" (que pueden ser compartidas ampliamente, e incluso sentidas en cierto nivel por quienes apoyan las proposiciones ambientalistas). Se sugiere aquí, pues, que podemos aprender algo sobre una reticencia social más amplia a aceptar la "tesis de los límites" centrándonos en los argumentos de sus oponentes más partidistas; y que comprenderemos mejor la resonancia de estos argumentos si les prestamos atención, poniendo entre paréntesis cualquier crítica lógica o empírica que de otro modo podría obstaculizar la capacidad de prestar atención a las ideas que están defendiendo.

El enfoque que se describe aquí se apoya, en particular, en tres fuentes: La lectura de John Dryzek de los límites del debate sobre el crecimiento, el trabajo de Luc Boltanski sobre los regímenes de justificación moral, y la promoción de Wayne Booth de la "Retórica de la escucha". Tal como lo describe Dryzek, a principios del decenio de 1970 el ambientalismo dio apertura al cuestionamiento social de un "discurso prometeico" dominante, pero que por esta misma razón era apoyado en gran medida inconscientemente, que celebraba "el capitalismo y la revolución industrial, con su fe ilimitada en la capacidad de los seres humanos para manipular el mundo de manera cada vez más eficaz". La literatura del escepticismo ambiental (aunque Dryzek no utiliza este término) es, por lo tanto, producto de que este discurso fue "presionado para articular sus principios clave por primera vez" (2013, pág. 64). Si entendemos el

escepticismo ambiental de esta manera, la inquietud que registran sus retóricos abarcará ciertamente los temores personales y de clase de las pérdidas económicas directas como resultado de las políticas ambientales; pero también, me atrevería a sugerir, podemos detectar aquí una sensación de angustia existencial, que se siente más popularmente ante la idea de imponer límites al impulso del progreso humano.

Si Dryzek presta una interpretación específica del debate ambiental, Boltanski (que escribe en colaboración, en los trabajos que aquí se presentan, con Laurent Thévenot (2006) y Eve Chiapello (1999)), ofrece un enfoque sinóptico para analizar los debates políticos en general. Se centra en la necesidad de que las diferentes ideologías (definidas como un "conjunto de creencias compartidas, inscritas en instituciones, vinculadas a acciones y, por tanto, ancladas en la realidad" (1999, pág. 3)) se justifiquen ante la presencia de sistemas rivales, o simplemente se defiendan de la condena moral de una situación concreta que ellos permiten. En particular, se centra en la necesidad de que la "ideología dominante" del capitalismo se justifique a sí misma frente a la percepción de la vida laboral como una cuestión de subordinación dentro de "un proceso interminable e insaciable" de producción y consumo económicos (1999, pág. 7). De manera crucial, escribe contra la práctica, que caracteriza a gran parte de la ciencia social crítica, de tratar los argumentos justificativos del capitalismo simplemente como un velo para los intereses materiales de aquellos que sienten que su elevada posición social está amenazada. Por el contrario, sostiene Boltanski, las justificaciones de una ideología apuntan a un cierto conjunto de valores que deben ser compartidos tanto por los socialmente "fuertes" como por los "débiles", a fin de que comprendan y acepten funcionalmente sus papeles dentro de este orden (1999, págs. 10-11).

Una tercera influencia conceptual es la labor de quienes, dentro del campo de la retórica, consideran que la crítica retórica es una ayuda práctica para mejorar la calidad del debate posterior. La concepción de Finlayson del "análisis político retórico" es un ejemplo de ello, ya que se hace "no para exponer o criticar [los elementos del discurso político...] sino para contribuir a su mejor comprensión y a su valoración más positiva, para asegurar no menos argumentación sino más y mejor" (2007, pág. 557). Otra inspiración es Kenneth Burke, cuyo interés en la retórica era, en palabras de Herrick, "en gran medida un interés en encontrar medios simbólicos de reunir a la gente", siendo su concepto de "identificación" concebido como "el antídoto o remedio necesario para nuestra alienación del otro" (2005, p. 223). Lo más relevante es que el concepto dibujado aquí es la "Retórica de la Escucha" de Wayne Booth.¹ Booth parte de la conciencia de que con demasiada frecuencia los bandos opuestos en un debate nunca se escuchan adecuadamente: "Los fanáticos que no escuchan desperdician así libro tras libro, artículo tras artículo, atacando extremos seleccionados, mientras predicán dogmáticamente a alguna versión de su propio bando" (2004, pág. 153). El debate se deforma así, se convierte en hostilidad ejecutada hacia el otro lado (como tantos hakas, podríamos decir). Booth dice que lo que el mundo necesita es una reducción de la guerra retórica, "formas de sondear bajo disputas inútiles: métodos para descubrir el suelo compartido bajo el agua superficial" (2004, p. 149).

Este trabajo busca escuchar los argumentos de los escépticos del medio ambiente de una manera Boothiana. Sugiere que es necesario comprometerse con los argumentos justificativos presentes en este discurso porque esto debería ser la clave para comprender la receptividad popular a ellos por parte de una proporción significativa de la sociedad. Dicho de otro modo, para aquellos que creen en la necesidad de una descarbonización urgente de la sociedad, será esencial no sólo centrarse en el papel de políticos como Donald Trump, sino también en el del público en general, y no menos,

¹ ↪ Véase también a Andrew Dobson's *Listening for Democracy* (2014), and Dryzek and Lo's work on 'bridging rhetoric' (Dryzek and Lo 2015).

en el de los 63 millones de personas que le votaron en 2016, a pesar de su conocida opinión de que "el cambio climático [es] una mierda" (Matthews 2017).²

El Análisis de los Lugares Comunes Retóricos

Si el tema de este trabajo es la argumentación utilizada por los escépticos del medio ambiente para defender un "discurso prometeico" de crecimiento indefinido, y el espíritu de este trabajo es el de buscar escuchar atentamente lo que podría hacer influyentes a estos argumentos, el método en este análisis es el de la crítica retórica. Aquí, estoy tratando de usar la crítica retórica para "leer" los valores estimados de este discurso - su visión del bien - desde los "lugares comunes" del argumento retórico que dispone. En este enfoque, este trabajo sigue de nuevo a Boltanski, quien describe su método de análisis como "vinculado, en cierto modo, con la tradición de estudiar los "tópicos" o argumentos comunes, una tradición incluida en la instrucción de la retórica que constituía el núcleo de las humanidades clásicas" (2006, pág. 67).

¿Qué son los lugares comunes? Finlayson nos dice (2007, pág. 557), "Se basan en valores cotidianos de sentido común de lo que es justo o injusto, honorable o deshonroso, máximas comunes, principios generalmente aprobados [...] y formas de argumentación comúnmente aceptadas". Así pues, al estudiar el uso de los lugares comunes por parte de un retórico, el crítico puede aprender mucho sobre el público para el que se prepara este material. Como señala Billig (1993, p. 126):

*El punto importante, subrayado por los libros de texto de retórica, era que los oradores podían tener que inventar los argumentos particulares que se utilizarían en la ocasión retórica, pero no inventaban los materiales básicos a partir de los cuales se construían esos discursos. Así pues, el orador individual no inventa los valores (tal vez de heroísmo o de obediencia a la ley) a los que se debe apelar. En lugar de ello, el orador recurre a los vocabularios cargados de valores que se comparten con el público. Al hacerlo, el orador apela y habla dentro del *sensus communis*, o el sentido que se comparte comúnmente.*

Si los lugares comunes dependen de las creencias ya existentes, parece ser que entonces un estudio de la retórica debería permitirnos "leer" las creencias con las que se conectan. De hecho, como escribe Herrick (2005, pág. 10), el estudio del discurso retórico puede permitirnos percibir algo sobre los motivos, valores y creencias tanto de la retórica como, si es receptiva, de la audiencia. Hart nos dice (1997, p. 61) "el estudio de la retórica es el estudio de las primeras premisas en uso", lo que podríamos entender como la movilización, en el argumento, de las creencias básicas de la gente sobre el mundo. Perelman y Olbrechts-Tyteca (1969, p. 65) subrayan la centralidad de los "puntos de partida" en cualquier argumento retórico, el terreno intelectual compartido en el que se encuentran la retórica y el público (y desde el que pueden viajar juntos). Para Booth (2004, pág. 8), la retórica es "el arte de sondear lo que creemos que debemos creer, en lugar de probar lo que es cierto según métodos abstractos", lo que podría interpretarse como la descripción de la retórica como el avance de las proposiciones de acuerdo con los valores. Boltanski se refiere al "abundante uso de Cicerón de la metáfora de los "lugares comunes" de los que un orador puede "desenterrar" sus pruebas y sacar sus argumentos", citándolo en el sentido de que: "Es fácil encontrar cosas que están ocultas si se señala y se marca el escondite; del mismo modo, si queremos encontrar algún argumento debemos conocer los lugares o temas: por eso es el

² ↪ Esto no significa que todos los que votaron por Trump compartan sus opiniones sobre el cambio climático, o que esta sea la razón decisiva por la que alguien votó por él. El punto es más bien que sus ideas anti ambientalistas eran bien conocidas, y en este sentido, que un número tan grande de personas votaran por él representa un respaldo masivo (al menos tácito) de la "aceptabilidad" de tales opiniones.

nombre que dio Aristóteles a las "regiones", por así decirlo, de las que se extraen los argumentos" (2006, págs. 68 y 69). En el caso que nos ocupa, podríamos entender que esto significa que no es difícil encontrar las raíces de los argumentos de los escépticos del medio ambiente: están a la vista, son visibles en los supuestos que muestran y movilizan en cuanto a lo que es bueno y correcto.

En resumen, al atender a los lugares comunes utilizados por los escépticos del medio ambiente, podemos esperar descubrir un esbozo de sus creencias filosóficas clave. Finlayson apoya este método propuesto al escribir que "el análisis de las ideologías [...] sugiere que los diferentes conjuntos de lugares comunes se basan en argumentos liberales o conservadores" (2007, pág. 557). En este caso, el objetivo será examinar de manera inductiva las apelaciones que se hacen en estos textos, y así construir una imagen de las creencias generales que están defendiendo.

Los Lugares Comunes del Escepticismo Ambiental

El siguiente análisis se ocupa de una serie de textos seleccionados por su prominencia dentro del desarrollo de los argumentos de los escépticos del medio ambiente, o por la naturaleza representativa de los puntos particulares que plantean. La mayoría de ellos están conectados a través de redes de grupos de reflexión escépticos del clima, como la Global Warming Policy Foundation (Fundación de Política sobre el Calentamiento Mundial) en el Reino Unido (fundada por Lord Lawson, un ministro de Hacienda bajo la dirección de Margaret Thatcher), el Institute of Public Affairs (Instituto de Asuntos Públicos) en Australia y la Reason Foundation (Fundación Razón) en Estados Unidos. Siguiendo a Boltanski (quien sugiere que "como lo han demostrado los trabajos basados en otros corpus [...], la elección de los textos de origen no es de gran importancia") no pretendo darle importancia alguna a esta precisa selección de textos. Lo importante es que "se definen con referencia a un sistema de gobierno común [y por lo tanto] contienen aproximadamente los mismos términos y se refieren a los mismos objetos" (2006, p. 153). Un factor que subyace en su selección es el tiempo: al seleccionar textos que abarcan cuatro décadas hasta el presente, intento mostrar tanto que hay una coherencia persistente en este discurso, como que está activo en la actualidad.

En el cuadro 1 se presentan brevemente los resultados de este análisis, comenzando por las paráfrasis de las principales proposiciones hechas, directa o implícitamente, en estos textos. Estas proposiciones se organizan según un número menor de lugares comunes más generales (declaraciones de virtud o calidad como serían comúnmente aceptadas, se sugiere, dentro del público objetivo de esta literatura) a los que parecen estar vinculados. Estos lugares comunes se organizan entonces según a cuál de los tres clásicos llamamientos retóricos -ethos (establecer el carácter y la autoridad personal del orador), pathos (las implicaciones emocionales de un caso) o logos (el apoyo racional de un argumento)- pertenecen principalmente. En la retórica clásica, el ethos, el pathos y el logos se consideraban formas distintas de apelación que un orador podía utilizar para ganarse a un público. Aquí, simplemente estoy usando estos términos como una herramienta conveniente para agrupar formas de argumento por temas subyacentes. No estoy sugiriendo, por ejemplo, que si un cierto escéptico del medio ambiente despliega un argumento que anuncia su propia integridad personal (es decir, apelando al ethos) que esta es la única forma de apelación que hará; el mismo orador bien podría hacer uso de apelaciones al pathos y al logos también. El punto principal de esta forma de unir los lugares comunes es, al llamar la atención sobre los diferentes registros en los que estos oradores buscan ser persuasivos, centrarse en este impulso esencial de persuasión común a todos ellos.

Tabla 1: Llamamientos positivos hechos por oradores retóricos ambientalmente escépticos

Llamado	Lugar Común	Proposición
Ethos	La razón y el verdadero método científico nos dicen la verdad sobre el mundo.	Los escépticos del medio ambiente son empíricos racionales y verdaderos defensores de la ciencia (en contraste con la ciencia ambientalista políticamente comprometida).
	El sentido común y nuestra experiencia de la historia son las mejores guías para el futuro.	Los escépticos del medio ambiente tienen la historia de su lado. El ambientalismo es sólo un malhumorado catastrofista...
	La gente común entiende la vida y la moralidad mejor que las elites liberales.	Los escépticos del medio ambiente son los desvalidos, los ambientalistas lo establecido Los escépticos del medio ambiente suelen estar más en sintonía con la naturaleza que los ambientalistas.
Pathos	La libertad es el bien más elevado.	El ambientalismo está en contra de la libertad y tiene matices de totalitarismo. El crecimiento es bueno para la gente, especialmente para los más pobres.
	El sentido de la política y la economía debería ser aumentar el bienestar material del mayor número de personas.	El ambientalismo es inmoral, significa que se aleja de otras causas que son más apremiantes y moralmente merecedoras. La mejor y más justa manera de abordar los problemas ambientales es ir por el máximo crecimiento. Las regulaciones ambientales son inasequibles e ineficaces.
		Los intereses de las personas deben ser siempre prioritarios por encima de los de las plantas y animales.
Logos	No puedes detener el progreso económico.	No es práctico detener el crecimiento, y es una tontería intentarlo.
	No hay límites para el ingenio de la humanidad y habilidades de resolución de problemas.	El ingenio humano tiene un potencial casi infinito. En la práctica, no hay límites naturales para el crecimiento o el progreso futuro de la humanidad.
	El mercado coordina a los individuos de manera que nos permite adaptarnos a las condiciones cambiantes y resolver problemas complejos	El sistema de mercado es benéfico, y tiene el poder de resolver todos nuestros problemas. La respuesta a nuestros problemas radica en reducir la interferencia del gobierno.
	El mundo se está volviendo cada vez mejor.	Las cosas seguirán mejorando en el futuro inmediato, así que no hay nada de qué preocuparse. La fe optimista en que las cosas seguirán mejorando ayudará a que así sea.

NOTAS 1. Las propuestas son paráfrasis resumidas de declaraciones hechas en una selección de textos de escepticismo ambiental: Forster (2011, 2014, 2018), James (2017), Peiser (2017), Arnold (1996, 2016), Lawson (2008), Lomborg (Lomborg 2001, 2007), Sinclair (2011a, 2011b), Ridley (2010), Beckerman y Pasek (2001), Postrel (1998), Simon (1996), North (1995), Reagan (1983, 1984, 1988) y Meyer (1979).

Ethos

Comenzando con la apelación al ethos, lo primero que podemos notar es que mientras los escépticos del medio ambiente argumentan continuamente en contra de los hallazgos de la ciencia tal como la utilizan los ambientalistas, no buscan argumentar en contra de la ciencia misma. Más bien, buscan apropiarse del estatus de autoridad científica para ellos mismos, enfatizando que están en sintonía con el espíritu genuino de la ciencia - a diferencia de gran parte de la versión convencional, que para ellos se ha visto comprometida por la ideología ambientalista, la dependencia de las becas de investigación y el glamour de una causa de moda. El lugar común: La razón y el verdadero método científico nos dicen la verdad sobre el mundo:

El lugar común: La razón y el método científico real nos dicen la verdad sobre el mundo

Uno de los principales temas de esta literatura es la apelación al escepticismo, invocado como un valor positivo que nos protege de caer en el error. Concebido así, como protector de la certeza, el escepticismo implica algún método que puede hacer realidad su promesa y darnos respuestas cuya verdad no necesitamos dudar. Para Bjørn Lomborg, autor de *The Skeptical Environmentalist* (El Ambientalista Escéptico), este método es el análisis estadístico: "Siempre digo a mis alumnos que la estadística es una de las mejores maneras que tiene la ciencia de comprobar si nuestras venerables creencias sociales resisten el escrutinio o resultan ser mitos" (2001, p. xix). Al centrarnos en los datos concretos, descubriremos un nivel de realidad subyacente, más allá de la mera apariencia y la opinión popular: Llegaremos a "los fundamentos" (2001, p. 3). Este proceso debe llevarse a cabo con el espíritu correcto: es decir, con una reverencia por la verdad. La lealtad a la verdad, aunque contradiga lo que queremos encontrar, es lo que separa al escéptico ambiental del defensor del medio ambiente: es "crucial que citemos cifras y tendencias que sean verdaderas". Esta demanda puede parecer evidentemente obvia, pero el debate público sobre el medio ambiente se ha caracterizado, lamentablemente, por una desagradable tendencia a un tratamiento más bien precipitado de la verdad" (2001, pág. 12). De esta manera, el debate entre los escépticos del medio ambiente y los defensores del medio ambiente equivale necesariamente a un conflicto de 'Realidad versus Mitos' (2001, p. 13). Los argumentos 'retóricamente agradables' de los ambientalistas (2001, p. 30) son distorsionados por la emoción de 'preocuparse', lo que resulta en 'la Letanía', una lista de tribulaciones ambientales que se suman a la opinión recibida de que la explotación ambiental es cada vez peor. Se trata de una evolución peligrosa, porque es engañosa: "Si no tomamos decisiones consideradas y racionales, sino que basamos nuestra resolución en la Letanía, esa típica sensación de que el mundo está en decadencia, tomaremos decisiones pobres y contraproducentes" (2001, pág. 350).

Dentro de este discurso se reverencia a la ciencia, pero se dibuja un agudo contraste con una versión falsa que ha sido deformada por la ideología y los intereses especiales. El escéptico ambientalista Freeman Dyson es celebrado como alguien que ha "servido a la ciencia" y ha sido una de nuestras "verdaderas figuras de autoridad"; pero cada vez más, se nos dice, los científicos de ese molde son una minoría en conflicto. Los "pocos que siguen luchando por defender la naturaleza objetiva de la verdad" son "escasos": dado que "se preocupan más por la ciencia que por los medios de comunicación", "tienden a no tener mucha influencia cuando llegan a hablar". En la esquina opuesta encontramos "un grupo de científicos climáticos dependientes de subvenciones" que "se hacen famosos sirviéndose a sí mismos" (James 2017, pp. 5, 8-9). En su punto más bajo, la dependencia de los científicos del clima en costosos modelos informáticos puede conducir a una cultura de "pensamiento de grupo", no sólo porque "si se comienza a expresar una opinión escéptica no se obtendrán subvenciones para el equipo", sino porque "la incuestionabilidad de [las proyecciones del futuro...] significa que se tiende a dejarse llevar por la multitud, porque no se puede hacer el experimento para demostrar que no es cierto" (Forster 2018). En el peor de los casos, como Clive James descubre, el establecimiento de la

ciencia climática se considera que tiene paralelos con la versión políticamente aprobada de la ciencia bajo los regímenes totalitarios, representada por la figura de Trofim Lysenko. Mientras que tales figuras "podrían haber comenzado como científicos de un tipo, [ellos] han encontrado su verdadero propósito en la vida como ideólogos". Esta perversión de la ciencia ha dañado tanto a la "causa de la investigación crítica racional" que "algunas de las universidades merecen ser cerradas" (James 2017, pp. 10, 8).

Otro de los valores a los que los escépticos apelan mucho es el de la razón. El ambientalismo se presenta, por el contrario, como ilógico y fantástico, una pieza de ficción inverosímil. El calentamiento global es, por lo tanto, una "religión" que "se asemeja a un Código Da Vinci de ambientalismo". Es una gran historia, y un éxito de ventas fenomenal. Contiene un grano de verdad y una montaña de tonterías". En la medida en que esta historia ha sido tomada literalmente, "hemos entrado en una nueva era de irracionalidad". Este es el verdadero peligro al que nos enfrentamos hoy en día: es desde este "profundamente inquietante" estado de ilusión colectiva, "que realmente necesitamos salvar el planeta" (Lawson 2008, p. 106).

El lugar común: El sentido común y nuestra experiencia de la historia son las mejores guías para el futuro

El empirismo y la experiencia práctica de la gente común, es admirada en esta literatura, mientras que el uso excesivo de la teoría por parte de los intelectuales y expertos profesionales es desaprobado. Los escépticos del medio ambiente dan gran importancia a la experiencia histórica común del progreso material sin que nadie comunique este argumento con mayor elocuencia que Ronald Reagan. En un discurso como presidente (Reagan 1983), comenzó recordando la Gran Depresión - "Si alguna vez hubo un momento para hablar de los límites del crecimiento, fue entonces"- antes de comentar: "Pero aquí estamos medio siglo después, y el pueblo estadounidense disfruta de un nivel de vida desconocido en los años treinta o incluso antes de los treinta". Meditando sobre el progreso tecnológico durante este tiempo, añadió:

Y pensemos en las cosas que damos por sentado hoy en día que ni siquiera existían antes: televisión, computadoras, vuelos espaciales. [...] Ya he vivido unas dos décadas más que mi esperanza de vida cuando nací. Eso es una fuente de molestia para muchas personas. [Risas.] Pero la vida en la Tierra no es peor, es mejor que cuando yo tenía tu edad. Y la vida en los Estados Unidos es mejor que nunca.

Este recuerdo del progreso se basa claramente en una realidad material que habría resonado en las masas de personas, sin duda en los años ochenta, y ciertamente en Occidente. Sin embargo, dentro del discurso del escepticismo ambiental, se ha transmutado por mucho tiempo en un artículo de sentido común de que debe continuar para siempre, que el crecimiento es el camino del mundo. Después de todo, "cuando las cosas mejoran sabemos que estamos en el camino correcto"; y en caso de que haya alguna duda de que tal progreso podría continuar frente al cambio climático y otros peligros ambientales, "tenemos que mantener constantemente la atención en el hecho de que la humanidad ha tratado y superado los problemas a lo largo de la historia" (Lomborg 2001, pp. 5, 290). Esta referencia aparentemente obstinada sobre la experiencia histórica se contrasta a menudo con la calidad especulativa de las advertencias de los ambientalistas sobre lo que puede suceder en el futuro. Los ambientalistas son ridiculizados como 'agoreros', y sus advertencias son presentadas como sacadas de su imaginación y condicionadas por una inclinación psicológica hacia el pesimismo: 'El Profesor Ehrlich [...] predijo la muerte masiva por el frío extremo. Últimamente predice la muerte en masa por calor extremo. Pero siempre ha predicho la muerte masiva por algo extremo, y siempre es el Profesor Ehrlich" (James 2017, p. 1).

De hecho, los ejemplos históricos de los movimientos milenarios que esperaban el inminente fin del mundo, así como el fenómeno más general de las preocupaciones periódicas por el declive cultural, se utilizan en sí mismos para dar una base empírica al argumento de que las advertencias ambientalistas son necesariamente exageradas. El ambientalismo es sólo la última manifestación de un antiguo tema de angustia irracional: "A través de los tiempos, algo profundo en la psique del hombre lo ha hecho receptivo a las advertencias apocalípticas: "El fin del mundo está cerca" (Lawson 2008, p. 102). Pero "todas las profecías apocalípticas de esta naturaleza resultarán falsificadas de la misma manera que todas las profecías de este tipo han sido falsificadas en el pasado" (Beckerman y Pasek 2001, págs. 194-5). Esta expectativa de que las profecías de la fatalidad serán necesariamente falsas puede utilizarse además para apoyar el argumento de que las predicciones de un futuro ambientalmente benévolo serán necesariamente verdaderas. Lomborg comienza su *El Ambientalista Escéptico* con una cita de Julian Simon, que predice: "Las condiciones materiales de vida continuarán mejorando para la mayoría de la gente, en la mayoría de los países, la mayor parte del tiempo, indefinidamente. [...] Sin embargo, también especulo que mucha gente continuará pensando y diciendo que las condiciones de vida están empeorando" (2001, p. vii). En la forma en que estas predicciones están emparejadas, la existencia misma de las preocupaciones ambientalistas se enmarca como si confirmara la proposición de que son infundadas.

El lugar común: La gente común entiende la vida y la moralidad mejor que las elites liberales

Otra dimensión de esta celebración del sentido común es la identificación del escepticismo ambiental con el espíritu de la democracia. Hay una fuerte aversión en estos argumentos a la idea de aceptar las cosas con autoridad, o peor aún, que se les diga qué creer. En cambio, hay un fuerte apego a la idea de que uno puede determinar la verdad por sí mismo a través de su razonamiento y observación privados: "La idea clave es que no debemos dejar que las organizaciones ambientales, los grupos de presión empresariales o los medios de comunicación estén solos al presentar las verdades y prioridades. Más bien, debemos esforzarnos por un cuidadoso control democrático del debate ambiental, conociendo el estado real del mundo" (Lomborg 2001, p. xx). En este espíritu, el Director de la Fundación de Política sobre el Calentamiento Mundial (Global Warming Policy Foundation, GWPF), considera que su misión es abrir el trabajo de los científicos del clima al escrutinio democrático: "Ciertamente no creo en la ciencia por autoridad, eso es seguro. Creo en la ciencia con argumentos sólidos y hechos, y hay [...] blogueros de ciencia extremadamente brillantes que han descubierto fallas en los documentos [...] y ¿por qué no deberían ser escuchados?" (Peiser 2017). Para otro miembro del GWPF, la naturaleza unilateral de la información pública sobre la ciencia del clima significa que "siempre tenemos que adoptar un punto de vista ligeramente diferente [a la ciencia convencional] hasta cierto punto", pero que esto es "una buena cosa que hacer en sí misma" porque es sólo corrigiendo el equilibrio y poniendo a prueba la opinión convencional que se puede "generar un debate crítico saludable" (Forster 2018).

Otro tema común, que se extiende desde esta identificación con la democracia, es el argumento populista de que el ambientalismo es una propiedad definitoria de una élite cosmopolita. En este caso no es la desigualdad material que esa élite encarna lo que se objeta, sino su superficialidad e intolerancia a la disidencia. En el mejor de los casos, el ambientalismo es una actuación para "las personas [que] se sienten mejor cuando conducen un coche híbrido o van en bicicleta al trabajo, y les gusta hacer alarde de su virtud de esta manera" (Lawson 2008, pág. 103). En el peor de los casos, esto se solidifica en el ethos de una clase que, segura de su propia virtud, es ciega a su hipocresía. Clive James (2017, p. 3) ataca a Julia Gillard por haber comprado una casa en la playa, habiendo sido un "profeta del océano naciente"; pero su verdadera ira se dirige al "consenso de silencio de los ingeniosos y los intérpretes" que se niegan a satirizar un objetivo tan fácil, debido a que el cambio climático es un artículo de fe entre los de su clase. En este contexto, los escépticos del medio ambiente se congratulan de tener no sólo razón sino también valor para asestar un

golpe a quienes se sienten oprimidos por la desaprobación cultural de esta élite liberal. El obvio placer que siente un escritor al referirse a sus ideas optimistas sobre el medio ambiente como "grandes pecados contra la sabiduría convencional" (Ridley 2010, p. 353) transmite el claro mensaje de que quienes hacen cumplir dicha convención están lejos de ser sabios, y su condena moralizada de la disidencia es ilegítima. En una formulación más fuerte, el ambientalismo se imagina como un intento activo de las elites liberales de engañar a la sociedad en general, como cuando el "calentamiento global provocado por el hombre" se describe como "el mayor engaño jamás perpetrado al pueblo estadounidense" en el recinto del Senado de Estados Unidos (Inhofe 2003).

Una propuesta relacionada con este tema populista es que, lejos de ser indiferentes a la naturaleza, los escépticos del medio ambiente -y muchas personas comunes, especialmente las que viven en el campo- suelen estar más en sintonía con la naturaleza que los ambientalistas. A los ambientalistas se les suele describir como habitantes de la ciudad, cuyas preocupaciones por la naturaleza están literalmente distantes de la realidad, una cuestión de ideología abstracta más que de conocimiento íntimo. Como resultado, sus ideas pueden empeorar las cosas, como cuando, se argumenta, su deseo de conservar los bosques en un estado prístino los deja en realidad más combustibles ('Los ambientalistas extremos [...] hablan de hábitat y, sin embargo, están dispuestos a quemarlo' (Canon 2018)).

Por el contrario, los escépticos están deseosos de subrayar sus propias credenciales como seres íntimos de la naturaleza, "administrando y alimentando la tierra generosa como ella administra y nutre a ellos" (Arnold 1996, p. 23). Un conjunto de afirmaciones aquí se refiere al uso eficiente de los recursos naturales, con algunos escépticos felices de apoyar las tecnologías ambientales sobre la base práctica (e incluso moral) de una aversión al desperdicio ("parte de la razón por la que tenemos una bomba de calor es porque es un uso muy eficiente de la energía, produces tres veces la cantidad de calor para tu unidad de electricidad"). En este sentido, pueden hablar de sí mismos como "muy comprometidos con el bien del planeta" (Forster 2018). Otra afirmación es una apreciación estética del mundo natural ('igualaré mi tiempo de observación de aves con casi cualquier ambientalista, y apuesto a que he visto más aves esta primavera que la mayoría de tus amigos ambientalistas') (Simon 1996, p. xxxiv). En la mayoría de los casos, la relación con la naturaleza que defienden es, aunque cuidadosa, una en la que los intereses humanos son primordiales ('No me gusta matar ni siquiera arañas y cucarachas [...] Pero si son ellas contra mí, no tengo ningún reparo en matarlas aunque sea con pena' (Simon 1996, p. xxxiv)). El carácter centrado en el ser humano de esta relación es tal que tiende a ser poco sentimental sobre las áreas percibidas como salvajes, incluso hasta el punto de argumentar en contra de la salvación de (gran parte de) la selva amazónica - después de todo, "muy pocas personas han encontrado mucho uso para ella tal como está" (North 1995, p. 234). En tales casos, no es que los escépticos del medio ambiente estén, por así decirlo, en contra de la selva tropical; es sólo que no ven por qué no debe ser explotada. Para lo que sirve es para que la naturaleza forme parte de la vida social:

Resulta que a la mayoría de la gente le gusta mucho más otros tipos de bosques [que el Amazonas]. A los padres les gusta el bosque abierto donde se puede ver donde los niños están jugando. También quieres señales que te digan lo que estás viendo [...] Es un tipo de bosque muy diferente al que la mayoría de la gente realmente quiere. Necesitas un estacionamiento cerca, ese tipo de cosas. (Lomborg, en Whittell 2005).

Pathos

En su apelación al "ethos", luego entonces, los escépticos del medio ambiente se presentan como los defensores de una racionalidad democrática y de una relación práctica con la naturaleza, contra los ataques provenientes de un grupo ilusorio de hipócritas elitistas. Es en su uso del 'pathos' donde subrayan su caso de que esto importa, que hay algo vitalmente importante en juego en este debate. Aquí podemos observar un doble apego al individualismo y al utilitarismo. Esta es una visión altamente antropocéntrica de la existencia: el individuo humano es la cosa más importante del mundo. Por lo que el bien más elevado es consustancial a la maximización de la libertad individual y el bienestar material. Esto le da al ambientalismo opuesto un carácter moral.

El lugar común: La libertad es el bien más elevado

Un tema común en esta literatura es criticar el ambientalismo como intrínsecamente autoritario, y compararlo con los movimientos totalitarios del siglo XX. El ambientalismo se presenta repetidamente como un señuelo: los "supuestos horrores del calentamiento global" no son más que una "licencia para entrometerse, interferir y regular", perseguida por "aquellos que desean tomar el poder para ordenarnos cómo dirigir nuestras vidas" (Lawson 2008, p. 101). El ambientalismo puede "Todo suena bien en abstracto. Pero si se rasca la superficie, es muy probable que se descubra o no el anticapitalismo [...] y las intrusiones en la soberanía y la democracia de las naciones" (Thatcher, en Carta 2003). Para algunos, "la propia moda del cambio climático es una consecuencia de este persistente animo revolucionario contra la democracia liberal" (James 2017, p. 10).

Detrás del ambientalismo, estos escritores argumentan, podemos ver los espectros del comunismo y el fascismo. "Con el colapso del marxismo, [...] aquellos a quienes no les gusta el capitalismo [...] se han visto obligados a encontrar un nuevo credo. Para muchos de ellos, el verde es el nuevo rojo" (Lawson 2008, p. 101). De hecho, muchos ambientalistas "solían ser comunistas o socialistas, pero la historia ha sido poco amable con ellos, y ahora todo lo que pueden hacer es quejarse de la contaminación" (Friedman 1995, p. 11-12): "La Estrella Roja se ha quemado, pero la Estrella Verde se está levantando" (Rowell 1996, p. 244). Estas alusiones no se limitan al comunismo soviético, sino que se extienden al fascismo, también -Greenpeace es comparada con Goebbels (Lindzen, en Rowell 1996, p. 244), los verdes con los "imperialistas amantes de Hitler" (Durkin, en Pallister et al. 2000), y la Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos con una "burocracia de la gestapo" (Inhofe, en Mooney 2005, pp. 78-9).

El pathos de este argumento se subraya en los casos que dirigen nuestra atención a la naturaleza tiránica de los regímenes a los que se alude. Al igual que el marxismo, el ambientalismo puede parecer virtuoso, pero es "el camino verde hacia la servidumbre" (Postrel 1990). Por lo tanto, debemos desconfiar de las posiciones excesivamente idealistas, como las de muchos ambientalistas, recordando que "la historia del siglo XX [...], en sus peores formas comunistas y fascistas, es una especie de historia de idealismo que causa estragos" (Forster 2018). Beckerman y Pasek, en este contexto, citan de forma directa a Isaiah Berlin al recordar el "sacrificio" literal que esos regímenes hicieron "de seres humanos vivos en los altares de las abstracciones - nación, Iglesia, partido, clase, progreso, las fuerzas de la historia [...]" (2001, págs. 111-12).

Otro puente hacia esta tradición histórica de escritos anti-totalitarios es visible en las referencias al carácter religioso del ambientalismo. Nigel Lawson, por ejemplo, escribe:

Sospecho que no es casualidad que sea en Europa donde el ecofundamentalismo en general y el absolutismo del calentamiento global en particular, ha encontrado su terreno más fértil; pues es Europa la que se ha convertido en la sociedad más secular del mundo, en la que las religiones tradicionales son las más débiles. Sin embargo, la gente sigue sintiendo la necesidad de la comodidad y de los valores más elevados que la religión puede proporcionar, y es la cuasi religión del alarmismo verde [...] la que ha llenado el vacío, con un cuestionamiento razonado de sus mantras considerado poco menos que un sacrilegio. (2008, p. 102).

Lawson puede verse aquí trabajando con la idea de los movimientos totalitarios funcionando como una forma de "religión política", tal como la promovió Raymond Aron en los años 30.³ La cualidad operativa aquí es el "fundamentalismo": es una visión de la religión en la que, desconectada de su esfera tradicional, resurge como una fuerza particularmente irracional, movilizándolo a sus seguidores en torno a objetivos imposibles de transformación del mundo. Esta visión de los movimientos políticos radicales entiende que "las pasiones religiosas, ya sabes, una vez que el genio sale de la botella, no vuelven a entrar en ella. Se desplazan a otras actividades" (Forster 2018). En el caso del ecologismo, esto puede tomar la forma de un "fervor occidental culpable y casi religioso por salvar el planeta" (Forster 2014, p. iv).

El lugar común: El punto de la política y la economía debería ser aumentar el bienestar material del mayor número de personas

Un elemento de la presentación del pathos por parte de los escépticos del medio ambiente es, por tanto, una advertencia contra el terror de estado, y una defensa complementaria de un ideal de gobierno limitado que protege la libertad individual. El otro elemento argumenta que el ambientalismo es perjudicial para el bienestar material de la sociedad, sobre todo para los más necesitados.

Esto se presenta a menudo como una simple cuestión de moral: "Es precisamente porque todavía hay mucho más sufrimiento y escasez en el mundo de lo que yo o cualquier otra persona con corazón desearía que [...] tenemos] razones para presionar urgentemente con el progreso económico, la innovación y el cambio, la única forma conocida de llevar los beneficios de un nivel de vida creciente a muchas más personas" (Ridley 2010, p. 353). La lógica de este argumento es igualmente simple: "En el mundo en desarrollo, la principal causa de mala salud y de las muertes que conlleva es la pobreza. Un crecimiento económico más rápido significa menos pobreza". Al pedir la imposición de límites al crecimiento, "los supuestos salvadores del planeta son, en la práctica, los enemigos de la reducción de la pobreza" (Lawson 2008, pp. 33, 105-6).

Además de la oposición general al crecimiento económico, se considera que las políticas específicas impulsadas por los ecologistas también afectan a las comunidades más pobres en particular. Entre los ejemplos citados figuran los subsidios para la generación de energía renovable que se pagan con cargo a los aumentos de las facturas de combustible de los hogares, lo que significa, por ejemplo, que "los subsidios para los terratenientes escoceses con muchos parques eólicos están siendo pagados por los pobres de Glasgow" (Forster 2018). Otro ejemplo dado es el del desastre de la Torre Grenfell, en el que un incendio en un edificio de viviendas sociales de Londres en junio de 2017 provocó la muerte de 72 personas:

³ ↪ Véase a Gentile (2006) para una discusión sobre el desarrollo del concepto de "religión política" como una interpretación de los movimientos totalitarios en el siglo XX.

Porque lo que pasó con la Torre Grenfell fue que se puso este revestimiento aislante para reducir las emisiones de dióxido de carbono. Esa es la razón de ello, es medioambiental para hacer estas cosas mejor aisladas. Y el aislamiento más barato y efectivo resultó ser inflamable, y nadie lo notó. Así que dan preferencia a lo que es en efecto una política climática, una política sobre el dióxido de carbono, [...] sobre la seguridad. (Forster 2018)

Bjørn Lomborg presenta una serie de argumentos sobre este tema general. Comienza con la premisa de que "El único bien escaso es el dinero con el que se resuelven los problemas". Esto significa que, "Estamos obligados a priorizar constantemente nuestros recursos, y siempre habrá buenos proyectos que tengamos que rechazar" (2001, p. 9). Más dinero gastado en el medio ambiente significa necesariamente menos gastado en 'salud, educación, infraestructura y defensa' (2001, p. 31). Esto es precisamente lo que hace que el ambientalismo sea perjudicial: "La repetición constante de la letanía y las exageraciones ambientales que se escuchan a menudo tienen graves consecuencias. Nos asusta y nos hace más propensos a gastar nuestros recursos y atención resolviendo problemas fantasmas mientras ignoramos los problemas reales y urgentes (posiblemente no ambientales)" (2001, p. 5).

A partir de este punto, podríamos identificar dos argumentos relacionados. En primer lugar, al tratar de establecer prioridades entre las diversas opciones de gasto público, se debe elegir dónde priorizar nuestros recursos "contando las vidas [humanas] perdidas por diferentes problemas". Si bien esto "no significa que las plantas y los animales no tengan también derechos", sí significa "que las necesidades y los deseos de la humanidad representan el quid de nuestra evaluación del estado del mundo" (2001, p. xi). En segundo lugar, se entiende que el crecimiento económico se traduce sin problemas en un aumento de la potencia humana, lo que necesariamente protegerá las vidas humanas, incluso cuando se enfrente a riesgos ambientales cada vez mayores:

Si contemplamos un futuro más orientado al medio ambiente, en el que la subida del nivel del mar sea menor, nuestro instinto sería esperar que se inunden menos personas. Sin embargo, tal futuro también sería menos rico - el IPCC espera que la persona promedio en el futuro estándar gane 72.700 dólares en la década de 2080, mientras que una persona en un mundo más orientado al medio ambiente (pero menos orientado al crecimiento) ganaría sólo 50.600 dólares. A pesar de que el nivel del mar subirá un tercio menos, el mundo del medio ambiente probablemente verá más personas inundadas, simplemente porque será más pobre y, por lo tanto, menos capaz de defenderse contra la subida de las aguas (2007, pág. 69).

En un tema similar, Lomborg escribe: "A menudo se asume que el calentamiento global pondrá la salud humana bajo una mayor presión. [...] Pero] un mundo mucho más rico será mucho más capaz de permitir a la mayoría de las personas el acceso al aire acondicionado' (2001, p. 291). Dado que muchas de las políticas ambientales propuestas ralentizarían el crecimiento económico y, por tanto, harían que la gente fuera relativamente más pobre, él puede concluir que el ambientalismo se asocia en general con un mayor sufrimiento humano. Así, por ejemplo, "el desecho de los plaguicidas daría lugar en realidad a más casos de cáncer porque las frutas y verduras ayudan a prevenir el cáncer, y sin plaguicidas las frutas y verduras se encarecerían, por lo que la gente comería menos de ellas" (2001, p. 10). Más concretamente, dado el número de personas en el mundo que actualmente mueren de frío, ataca las políticas de mitigación de carbono precisamente porque serían eficaces para frenar el calentamiento de la Tierra: "como el calentamiento evitará en efecto más muertes por frío, tenemos que preguntarnos por qué estamos pensando en una política costosa que en realidad dejará más gente muerta" (2007, pág. 114). La conclusión general que se puede sacar de esta línea de argumentación es que "sólo cuando nos hagamos suficientemente ricos podremos permitirnos el lujo relativo de cuidar el medio ambiente" (2001, p. 33).

La búsqueda privada del crecimiento económico, en resumen, se presenta en esta literatura como la piedra angular tanto de la libertad como del bienestar y, además, como la fuente de tal poder material que es necesario para superar cualquiera de los problemas sugeridos por los ecologistas de todos modos. Como dice Matthew Sinclair (2011b): "La mejor manera de asegurar que Gran Bretaña pueda hacer frente al cambio climático es apostar por el crecimiento, y construir un país lo suficientemente rico y libre para sobrevivir a lo que el clima le arroje".

Logos

En cuanto a la estructura intelectual de los argumentos de los escépticos en contra de las propuestas del ambientalismo, lo que destaca es una perspectiva que combina determinismo, optimismo y un sentido contrapuesto de peligro.

El lugar común: No se puede detener el progreso económico

Estos argumentos parten de la afirmación fatalista de que el crecimiento y el consumo de combustibles fósiles es simplemente el camino del mundo: "Cualquier país con reservas de combustibles fósiles las explotará". Por lo que cualquier intento de los países más ricos de reducir las emisiones de carbono sólo conducirá a una disminución de los precios del petróleo, "permitiendo un mayor consumo por parte de los países más pobres" (Forster 2011). Pensar que los combustibles fósiles no "sólo se van a utilizar" es adoptar "una especie de postura del Rey Canuto" (Forster 2018). Cualquier nación en particular, como el Reino Unido, que desee tomar la delantera en la reducción de las emisiones de carbono estará participando simplemente en un "masoquismo costoso": la "inutilidad de la presunción de liderazgo moral" se verá en la "reducción nugatoria de las emisiones globales generales a la que esto conduciría". Incluso la aplicación de una política de este tipo en toda la UE sería inútil: "las industrias y procesos de uso intensivo de energía disminuirían progresivamente en Europa y se expandirían en países como China" (Lawson 2008, págs. 62-3).

Lugares comunes: No hay límites para el ingenio y la capacidad de resolución de problemas de la humanidad; El mercado coordina a los individuos de manera que nos permite adaptarnos a las condiciones cambiantes y resolver problemas complejos

Sin embargo, esta presentación fatalista de la realidad económica se presenta típicamente de manera positiva: nuestro destino es benévolo, si tan sólo nos damos cuenta. Esta posición se basa en dos puntos comunes complementarios: que no hay límites para el ingenio humano y que el sistema de mercado nos permite, aprovechando este ingenio, adaptarnos a las circunstancias cambiantes y mejorar continuamente nuestra suerte. El ingenio se considera una fuente proteica, inmaterial y, por lo tanto, inagotable de poder material; los humanos tienen "una imaginación ilimitada [que] puede romper los límites naturales" (Arnold 1996, p. 24), lo que significa que "es razonable esperar que el suministro de energía se siga haciendo más disponible y menos escaso, para siempre" (Simon 1996, p. 181). Las fuerzas del mercado ponen en marcha este ingenio: "la escasez hace subir el precio; eso fomenta el desarrollo de alternativas y de eficiencias", convirtiendo "a la raza humana [en] una máquina colectiva de resolución de problemas" (Ridley 2010, p. 281). Esta respuesta del mercado significa que "nunca nos quedaremos sin ningún recurso, ni siquiera sufriremos seriamente cualquier reducción repentina de su oferta" (Beckerman y Pasek 2001, p. 101).

Las preocupaciones de los ambientalistas son por lo tanto reales, pero no hay nada de qué preocuparse; son simplemente un grano de arena para nuestro molino económico. Todo lo que necesitamos es fe en nosotros mismos:

En el trabajo esto es un proceso general [...]: los humanos en promedio construyen un poco más de lo que destruyen, y crean un poco más de lo que consumen. Este proceso es, como dicen los físicos, una 'invariancia' que se aplica a todos los metales, todos los combustibles, todos los alimentos y todas las demás medidas de bienestar humano, en casi todos los países y en casi todas las épocas; puede considerarse como una teoría de la historia económica. La prueba crucial de la existencia de este proceso es el hecho de que cada generación deja un poco más de riqueza verdadera - los recursos para crear bienes materiales y no materiales - que la generación con la que comenzó. (Simon 1996, p. 582)

Entendiéndonos de esta manera, podemos ver que los humanos son buenos para el medio ambiente: "En realidad estamos dejando al mundo un lugar mejor que el que tenemos" (Lomborg 2001, p. 351). Por lo que tenemos todas las razones para ser 'optimistas racionales' sobre el futuro:

Y la buena noticia es que no hay un final inevitable para este proceso. [...] No hay razón para que no podamos resolver los problemas que nos acosan, de crisis económicas, explosiones demográficas, cambio climático y terrorismo, de pobreza, SIDA, depresión y obesidad. No será fácil, pero es perfectamente posible, de hecho probable, que en el año 2110, un siglo después de la publicación de este libro, la humanidad esté mucho, mucho mejor de lo que está hoy, y también la ecología del planeta que habita. Este libro desafía a la raza humana a aceptar el cambio, a ser racionalmente optimista y por lo tanto a luchar por el mejoramiento de la humanidad y el mundo que habita. (Ridley 2010, p. 7)

Al mismo tiempo, aunque presentan un caso tan optimista, estos escritores tienden a hacer sonar una nota de alarma. Nos enfrentamos a desafíos y riesgos, y las cosas pueden ir mal si vacilamos, perdiendo la fe en nosotros mismos y en las posibilidades del ingenio humano aprovechado por el mercado. En otras palabras, nos tentarán los cantos de sirena que ponen a prueba nuestra fe, que sostienen que debemos arreglar nuestros problemas antes de que empeoren, esforzándonos por limitar el daño mediante la intervención del Estado.

Se nos dice que esto sería un gran error, porque detendría lo que precisamente -el impulso del progreso material que da lugar al crecimiento económico- puede salvarnos: "La manera aparentemente obvia de tratar los problemas de recursos -hacer que el gobierno controle las cantidades y los precios de lo que los consumidores consumen y los proveedores suministran- es inevitablemente contraproducente a largo plazo porque los controles y la fijación de precios nos impiden hacer los ajustes rentables que a la larga aliviarían con creces el problema" (Simon 1996, pág. 584). Es decir: "El verdadero peligro proviene de la desaceleración del cambio" (Ridley 2010, p. 281).

The Future and Its Enemies (1998) de Virginia Postrel es una meditación de un libro sobre este tema en particular. Contrasta a los "dinamistas", aquellos que creen en la "constante creación, descubrimiento y competencia", con los "estadistas", aquellos que anhelan "un mundo regulado y diseñado" (p. xix). Los "dinamizadores", dice, "creen en el futuro, en la capacidad de los seres humanos de mejorar sus vidas de forma gradual y voluntaria, por ensayo y error" (p. 41). Ven el futuro como una "serie infinita", "una progresión abierta de invención, aprendizaje, adaptación y cambio" (p. 59). Así son: "La parte de la vida, la parte que no teme a ningún "abismo" en el futuro que se despliega" (p. 215). Los estadistas, por su parte, "temen al futuro" (p. xiv), y buscan regulaciones para darle forma de acuerdo a una visión preferida. Pero en su pesimismo subestiman nuestra capacidad, espontáneamente y a través del mercado, para superar

los desafíos ambientales. Estos estadistas son "numerosos", y por lo tanto representan una amenaza real (p. 26); como "enemigos del futuro" hay que resistirlos o, al parecer, se realizará un futuro diferente (peor).

El lugar común: El mundo se está volviendo cada vez mejor

¿Cómo prevén los escépticos del medio ambiente una salida de este peligro? A menudo lo presentan como una prueba de fe: tener la actitud correcta es la clave. Si queremos progresar, debemos rechazar los "consejos de desesperación" del ambientalismo, que representan "una especie de colapso de la fe [... en el Occidente" (Reagan 1988). Esto se logrará rechazando las políticas de "pesimismo, miedo y límites comparados con los nuestros de esperanza, confianza y crecimiento" (Reagan 1984). Debemos ser audaces; fundamentalmente debemos rechazar algo en nosotros mismos, nuestras dudas sobre el futuro, nuestros apegos al pasado. La "economía en desarrollo del futuro" será una de las grandes "oportunidades, si tan sólo tenemos el valor de abrazarlas, de deshacernos de los prejuicios y la estrechez de miras del pasado" (Reagan 1988). Para "aprovechar estos asombrosos avances" que nos esperan, "debemos [...] enfrentar los desafíos del cambio" (Reagan 1983). Si atendemos este llamado, entonces estamos casi obligados a prosperar: "muchas soluciones [a los problemas ambientales] se producirán casi por sí mismas [...] si adoptamos el punto de vista optimista de que las soluciones no sólo son factibles sino probables" (Allaby 1995, p. 181).

Habiendo construido un sentido de peligro, entonces, los escépticos ambientales tienden a descartarlo de nuevo. Mientras que Postrel dice que los estadistas tratarán de convencer a todos de que "nos estamos quedando sin recursos", está claro que se trata de "una profecía inevitablemente contradicha por los desarrollos dinámicos" (p. 51). Para Beckerman y Pasek el crecimiento económico llevará a una 'inexorable mejora del medio ambiente' (p. 195). Matt Ridley afirma inequívocamente: "Así que la raza humana continuará expandiéndose [...] El siglo XXI será una época magnífica para estar vivo" (p. 359). Benny Peiser tiene una fe categórica en que no nos enfrentamos a ningún punto de inflexión crucial, más allá del cual nos sería imposible prevenir un cambio climático catastrófico: "este argumento sería demasiado tarde, no lo compro, creo que siempre habrá tiempo suficiente" (Peiser 2017). Bjørn Lomborg afirma, sin reservas, "No nos estamos quedando sin energía o recursos naturales. Habrá más y más alimentos por cabeza de la población" (2001, p. 4). Sobre el cambio climático, está igualmente seguro: "su impacto total no planteará un problema devastador para nuestro futuro", por lo que "tenemos que preocuparnos menos por el calentamiento global a largo plazo" (2001, pp. 4, 19). Por ejemplo, "parece probable [...] que prácticamente nadie se exponga a las inundaciones anuales del mar" (2001, p. 290). De hecho, "el calentamiento global no disminuirá la producción de alimentos, probablemente no aumentará las tormentas o la frecuencia de los huracanes, no aumentará el impacto del paludismo ni causará más muertes" (2001, p. 317). La confianza de Lomborg se extiende al futuro lejano: 'Hace mil años no usábamos petróleo, y dentro de mil años probablemente usaremos tecnologías solares, de fusión u otras en las que aún no hemos pensado' (2001, p. 28). Julian Simon va aún más lejos, esperando que el progreso continúe durante otros siete millones de milenios y más: Después de que nuestro sol se quede sin energía, puede que haya fusión nuclear, o algunos otros soles para atender nuestras necesidades. Tenemos siete mil millones de años para descubrir soluciones a los problemas teóricos que sólo hemos sido capaces de elaborar en los últimos siglos de progreso de la física" (1996, p. 181).

Conclusión

Se sugirió en este trabajo que al estudiar los argumentos utilizados por los escépticos del medio ambiente podríamos "leer" los valores clave invocados en este discurso, y así identificar una visión del bien que se busca defender. En otras

palabras, se trata de una defensa moral; y podríamos percibir que adquiere su fuerza emocional, para aquellos que son receptivos a ella, a través de una condena de las deficiencias morales percibidas de sus adversarios ambientalistas. ¿Son los escépticos ambientalistas sinceros en estos sentimientos, o tal afirmación de superioridad moral es sólo una estratagema cínica? ¿Cuánto importa esto?

La crítica retórica sugiere que uno debe tomar en serio el uso de justificaciones morales, incluso si uno desestima tales afirmaciones como objetivamente ilegítimas. En su análisis de la retórica en el contexto histórico, Skinner (2002, págs. 149, 156) sugiere que la moralidad está en el centro de la retórica, en el sentido de que funciona enmarcando algunas cosas como dignas de aprobación y otras de desaprobación. Además, subraya que la medida en que un retórico cree personalmente en los ideales morales que invoca es irrelevante: la invocación retórica de la moralidad, si tiene éxito, seguirá siendo la clave, y reformará o reforzará los límites de lo que es socialmente aceptable -al menos dentro de un determinado grupo- decir o hacer.

En el contexto de este documento, se sugiere que la retórica del escepticismo ambiental funciona afirmando la bondad moral de una ideología de crecimiento y progreso, y de quienes la defienden, contra la crítica moral del ambientalismo. También proporciona una pista de cómo el debate, desde una perspectiva ambientalista, podría ser más productivo con los escépticos ambientales y los que están dispuestos a sus argumentos. Tal vez sea posible encontrar, en un nivel más profundo o más abstracto, un conjunto de principios morales en los que se puedan traducir los valores más específicos tanto del ambientalismo como del escepticismo ambiental. A partir de ese terreno común de creencias morales, tal vez sería posible iniciar prácticas de la Retórica de la Escucha de Booth, que, por ejemplo, podrían permitir a algunos de los susceptibles a los argumentos de los escépticos ambientales comprometerse más justamente con los casos planteados por el ambientalismo.

Pero este documento comenzó sugiriendo algo más que la importancia de que los ambientalistas se involucren en los argumentos de los escépticos ambientales, con el objetivo práctico de influir en sus puntos de vista políticos, por muy importante que esto sea. También se sugería que los escépticos ambientales articulan de alguna manera un sentido más amplio de bienestar (compartido, en cierta medida, incluso por quienes se oponen al escepticismo ambiental) en la "tesis de los límites" y lo que implica para el discurso de la modernidad. Para volver a centrarnos en este punto, examinando el análisis precedente de los lugares comunes podemos encontrar defensas de una creencia en: el individualismo (el

podríamos ver al ambientalismo mismo como socavando los cimientos de una visión global del mundo de la modernidad.... [mientras que] el escepticismo ambiental... parece estar defendiendo -incluso a través de un rechazo dogmático a creer en la evidencia científica y el argumento razonado- la época de la modernidad.

poder de determinar la verdad por sí mismo), la razón práctica (podemos comprender, y por lo tanto explotar, las leyes naturales a través de la observación y la experimentación), el humanismo (las personas son los rasgos más importantes y creativos de la existencia), el poder material (seguiremos disfrutando de los medios tecnológicos cada vez mayores para realizar nuestra voluntad), un sentido del destino sin límites (la humanidad viajando hacia un

futuro sin fin, en un viaje infinito de descubrimientos), y la benevolencia fundamental de nuestro mundo (la humanidad ha descubierto la clave para mejorar progresivamente la vida, un proceso que continuará indefinidamente, siempre y cuando no perdamos la fe en nosotros mismos). Podemos reconocer fácilmente estas ideas como tropos de la modernidad, la Ilustración y la economía política clásica.

Destacar lo que defienden los escépticos del medio ambiente ayuda, a su vez, a revelar lo que el ambientalismo -en el sentido de las implicaciones de la "tesis de los límites", que dice que hay límites al progreso, y que la tecnología no

puede simplemente salvarnos- está atacando. En este sentido, podríamos ver al ambientalismo mismo como socavando

La crisis a la que apunta es en su nivel más fundamental de la antropología filosófica: ¿quiénes somos y cómo debemos vivir, si ahora creemos que el progreso no continuará para siempre? ¿Para qué viviremos? En última instancia, si esta sugerencia es correcta, sólo en este nivel filosófico se podrá encontrar una solución verdadera y socialmente persuasiva y transformadora.

los cimientos de una visión global del mundo de la modernidad. Tal vez, bajo esta luz, el escepticismo ambiental comienza a tener más sentido; parece estar defendiendo -incluso a través de un rechazo dogmático a creer en la evidencia científica y el argumento razonado- la época de la modernidad. Lo que esto pone de relieve es que el desafío planteado por la "tesis de los límites" va más allá del nivel del debate político ordinario. La crisis a la que apunta es en su nivel más fundamental de la antropología

filosófica: ¿quiénes somos y cómo debemos vivir, si ahora creemos que el progreso no continuará para siempre? ¿Para qué viviremos? En última instancia, si esta sugerencia es correcta, sólo en este nivel filosófico se podrá encontrar una solución verdadera y socialmente persuasiva y transformadora.

Referencias:

- Allaby, M., 1995. Facing the Future: The Case for Science. London: Bloomsbury.
- Arnold, R., 1996. Overcoming Ideology. In: P.D. Brick and R.M. Cawley, eds. A Wolf in the Garden: The Land Rights Movement and the New Environmental Debate. London: Rowman & Littlefield, 15–25.
- Beckerman, W. and Pasek, J., 2001. Justice, Posterity, and the Environment. Oxford: Oxford University Press.
- Billig, M., 1993. Psychology, Rhetoric and Cognition. In: R. Rhodes and J. Good, eds. The Recovery of Rhetoric: Persuasive Discourse and Disciplinarity in the Human Sciences. London: Bristol Classical Press, 119–136.
- Boltanski, L. and Chiapello, E., 1999. The New Spirit of Capitalism. London: Verso.
- Boltanski, L. and Thévenot, L., 2006. On Justification: Economies of Worth. Oxford: Princeton University Press.
- Booth, W.C., 2004. The Rhetoric of Rhetoric: The Quest for Effective Communication. Oxford: Blackwell.
- Brick, P., 1995. Determined Opposition: The Wise Use Movement Challenges Environmentalism. Environment: Science and Policy for Sustainable Development, 37, 17–42.
- Canon, G., 2018. Don't blame wildfires on climate change – it's environmentalists' fault, says Zinke. The Guardian, 13 Aug.
- Charter, D., 2003. Thatcher's back - and gunning for the French. The Times, 15 May, p. 1.
- Dobson, A., 2014. Listening for Democracy: Recognition, Representation, Reconciliation. Oxford: Oxford University Press.
- Dryzek, J.S., 2013. The Politics of the Earth: Environmental Discourses. 3rd ed. Oxford: Oxford University Press.
- Dryzek, J.S. and Lo, A.Y., 2015. Reason and rhetoric in climate communication. Environmental Politics, 24 (1), 1–16.
- Ehrlich, P.R. and Ehrlich, A.H., 1996. Betrayal of Science and Reason: How Anti-Environmental Rhetoric Threatens Our Future. Island Press.
- Finlayson, A., 2007. From Beliefs to Arguments: Interpretive Methodology and Rhetorical Political Analysis. British Journal of Politics and International Relations, 9, 545–563.
- Forster, P., 2011. Look to adaptation, not alarmism. Church Times, 19 Oct.
- Forster, P., 2014. Foreword. In: Ethics and Climate Change Policy. London: Global Warming Policy Foundation, iii–v.
- Forster, P., 2018. Interview with Peter Forster.
- Friedman, M., 1995. Interview with Milton Friedman. In: Economists and the Environment. London: Zed Books, 11–12.
- Gentile, E., 2006. Politics as Religion. London: Princeton University Press.
- Hart, R.P., 1997. Modern Rhetorical Criticism. 2nd ed. Boston: Allyn and Bacon.
- Herrick, J.A., 2005. The History and Theory of Rhetoric: An Introduction. 3rd ed. Boston: Allyn and Bacon.
- Inhofe, J., 2003. Congressional Record, Volume 149 Issue 113 [online]. Available from: <https://www.gpo.gov/fdsys/pkg/CREC-2003-07-28/html/CREC-2003-07-28-pt1-PgS10012.htm> [Accessed 18 Oct 2018].
- James, C., 2017. Mass death dies hard.
- Lawson, N., 2008. An Appeal to Reason: A Cool Look at Global Warming. New York: Overlook Duckworth.
- Lomborg, B., 2001. The Skeptical Environmentalist: Measuring the Real State of the World. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lomborg, B., 2007. Cool It: The Skeptical Environmentalist's Guide to Global Warming. New York: Alfred A. Knopf.
- Matthews, D., 2017. Donald Trump has tweeted climate change skepticism 115 times. Here's all of it. Vox.
- Meadows, D.H., Meadows, D.L., Randers, J., and Behrens III, W.W., 1972. The Limits to Growth: A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind. London: Earth Island.
- Meyer, H.E., 1979. The War Against Progress. New York: Storm King Publishers.
- Mooney, C., 2005. The Republican War on Science. First Printing edition. New York: Basic Books.
- North, R.D., 1995. Life on a Modern Planet: A Manifesto for Progress. Manchester: Manchester University Press.
- Pallister, D., Vidal, J., and Maguire, K., 2000. Life after Living Marxism: Fighting for freedom - to offend, outrage and question everything. The Guardian, 8 Jul.

- Peiser, B., 2017. Interview with Benny Peiser.
- Perelman, C. and Olbrechts-Tyteca, L., 1969. The New Rhetoric: A Treatise on Argumentation. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Postrel, V., 1990. The Green Road to Serfdom. Reason.com.
- Postrel, V., 1998. The Future and Its Enemies: The Growing Conflict Over Creativity, Enterprise, and Progress. New York: The Free Press.
- Reagan, R., 1983. Remarks at Convocation Ceremonies at the University of South Carolina in Columbia [online]. The American Presidency Project. Available from: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=40486> [Accessed 2 Oct 2018].
- Reagan, R., 1984. Remarks at a Reagan-Bush Rally in San Diego, California [online]. Ronald Reagan Presidential Library - National Archives and Records Administration. Available from: <https://www.reaganlibrary.gov/sspeeches/102284c> [Accessed 2 Oct 2018].
- Reagan, R., 1988. Remarks and a Question-and-Answer Session With Members of the City Club of Cleveland, Ohio [online]. Ronald Reagan Presidential Library - National Archives and Records Administration. Available from: <https://www.reaganlibrary.gov/sspeeches/011188a> [Accessed 2 Oct 2018].
- Ridley, M., 2010. The Rational Optimist: How prosperity evolves. London: Fourth Estate.
- Rowell, A., 1996. Green Backlash: Global subversion of the environmental movement. Routledge: London.
- Scruggs, L. and Benegal, S., 2012. Declining public concern about climate change: Can we blame the great recession? Global Environmental Change, 22 (2), 505–515.
- Simon, J.L., 1996. The Ultimate Resource 2. 2nd ed. Chichester: Princeton University Press.
- Sinclair, M., 2011a. Let Them Eat Carbon: The Price of Failing Climate Change Policies, and How Governments and Big Business Profit From Them. London: Biteback.
- Sinclair, M., 2011b. Let Them Eat Carbon. Spectator Coffee House.
- Skinner, Q., 2002. Visions of Politics: Volume 1 Regarding Method. Cambridge: Cambridge University Press.
- Steffen, W., Richardson, K., Rockstrom, J., Cornell, S.E., Fetzer, I., Bennett, E.M., Biggs, R., Carpenter, S.R., de Vries, W., de Wit, C.A., Folke, C., Gerten, D., Heinke, J., Mace, G.M., Persson, L.M., Ramanathan, V., Reyers, B., and Sorlin, S., 2015. Planetary boundaries: Guiding human development on a changing planet. Science, 347 (6223), 1259855–1259855.
- Switzer, J.V., 1997. Green Backlash: The History and Politics of Environmental Opposition in the U.S. London: Lynne Rienner.
- Whittell, G., 2005. Save the world: ignore the ecogeeks. The Times, 1 Jan.

Vínculos relacionados:

- La Alianza Global Jus Semper
- Centre for the Understanding of Sustainable Prosperity (CUSP)
- Álvaro de Regil Castilla: [Transitando a Geocracia Paradigma de la Gente y el Planeta y No el Mercado — Primeros Pasos](#)
- Paul Burkett: [¿Un Punto de Inflexión Eco-Revolucionario?](#)
- Simon Mair, Angela Druckman y Tim Jackson: [Una Historia de Dos Utopías: El Trabajo en un Mundo Post-Crecimiento](#)
- Víctor Toledo: [¿De qué hablamos cuando hablamos de sustentabilidad?](#)
- John Bellamy Foster: [La Larga Revolución Ecológica](#)
- John Bellamy Foster: [El Capitalismo Ha Fracasado — ¿Qué Sigue?](#)
- John Bellamy Foster: [El Sentido del Trabajo en una Sociedad Sostenible](#)
- John Bellamy Foster: [La Crisis del Antropoceno](#)
- Ingrid Robeyns: [Libertad y Responsabilidad — Prosperidad Sostenible a Través de una Óptica de Capacidades](#)

❖ **Acerca de Jus Semper:** La Alianza Global Jus Semper aspira a contribuir a alcanzar un ethos sostenible de justicia social en el mundo, donde todas las comunidades vivan en ámbitos verdaderamente democráticos que brinden el pleno disfrute de los derechos humanos y de normas de vida sostenibles conforme a la dignidad humana. Para ello, coadyuva a la liberalización de las instituciones democráticas de la sociedad que han sido secuestradas por los dueños del mercado. Con ese propósito, se dedica a la investigación y análisis para provocar la toma de conciencia y el pensamiento crítico que generen las ideas para la visión transformadora que dé forma al paradigma verdaderamente democrático y sostenible de la Gente y el Planeta y NO del mercado.

❖ **Acerca de los autores:** es un candidato al doctorado en el Departamento de Política de Goldsmiths, Universidad de Londres, Richard Douglas contribuye al trabajo del CUSP sobre los significados y los marcos morales de la buena vida. Su investigación implica el análisis del debate de los "límites del crecimiento", entre los ecologistas y los defensores del crecimiento indefinido, a la luz del debate de la "tesis de la secularización" sobre la relación entre la secularidad progresiva y la teología.



❖ **Sobre este ensayo:** Los Lugares Comunes del Escepticismo Ambiental fue publicado originalmente en inglés por by the Centre for the Understanding of Sustainable Prosperity (CUSP) en Diciembre de 2018.

❖ **Citar este trabajo como:** Richard Douglas: Los Lugares Comunes del Escepticismo Ambiental – La Alianza Global Jus Semper, Enero de 2021.

❖ **Etiquetas:** Ética, pathos, logos, capitalismo, libre mercado, modernidad, materialismo, individualismo, utilitarismo, antropocentrismo, ambientalismo, calentamiento global, cambio climático, progreso, libertad, democracia, crecimiento, estado, regulación, sostenibilidad.

❖ La responsabilidad por las opiniones expresadas en los trabajos firmados descansa exclusivamente en su(s) autor(es), y su publicación no representa un respaldo por parte de La Alianza Global Jus Semper a dichas opiniones.



Bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

© 2021. La Alianza Global Jus Semper
Portal en red: https://www.jussemper.org/Inicio/Index_castellano.html
Correo-e: informa@jussemper.org